Cuerpos en Braille

Miyer Fernando Pineda Mozo

Uptc
Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Cuerpos en Braille
Miyer Fernando Pineda Mozo

Cuerpos en Braille

Miyer Fernando Pineda Mozo

Uptc
Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia

Carlos Augusto Salamanca Roa, Rector
Luis Alfonso Tamayo Valencia, Vicerrector Académico
Alfonso López Díaz, Director de Investigaciones

Cuerpos en Braille
Primera Edición, enero de 2005
500 ejemplares
© Miyer Fernando Pineda Mozo
© Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia
ISBN: 958-660-089-0

Colección Educación UPTC 70 AÑOS
Libro financiado por la Dirección de Investigaciones de la UPTC
Queda prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio, sin la autorización expresa y escrita de los titulares de los derechos de autor.

Coordinador Grupo Imprenta y Publicaciones UPTC:
Rafael Humberto Parra Niño
Diseño carátula: Herman Rueda Ulloa
Ilustración carátula: Gustav Klimt "Dánae"
Ilustración contracarátula: Gustav Klimt "Serpientes Acuáticas I"

Diagramación e impresión: Imprenta y Publicaciones UPTC – Tunja
Avenida Central del Norte
Tunja, Boyacá, Colombia
publicaciones@tunja.uptc.edu.co

Para Teresa, Jorge Eliécer y la Caperuza, Raíz

para Juan Esteban, Fruto

para mi padre que me llevó a conocer el mar
para mi madre que me arrastra a él

para el tío Migue, a quien le hubiera gustado ver este libro publicado

para ellos el primer, y quizá, el único libro

Elías Mayol

ÍNDICE

Pág.

PRÓLOGO 7
Crónica 11
No soy Lázaro 13
de Caronte 15
In memoriam 17
Poema para bajar una escalera 19
La decisión 21
La buhardilla 23
K 25
Cuerpo (fragmentos) 27
Hay una mujer que tiene una gata 29
En donde duerme la lluvia 33
Boceto para la acontista 35
Ritos 37
Estigia 39
El oscuro objeto del deseo 41
El manto 45
Justicia poética 49
Sobre un cuadro de L. Caballero 51
Boceto sobre la mano del ángel 55
La carnicera 57
A mi abuelo 59
Respuesta en Valois 63
Yo abro los ojos cuando ella abre los ojos 65

1994 69
... Entierro la música de Bach 73
1 73
2 75
3 77
4 79
Réquiem * 81
El restaurador 85
El desenladrillador 89
Mala versión de una derrota 95
Tierra de nadie 103
El aria del vampiro 105
Óbolos 107
Tango 109
La mujer de los cerrojos prohibidos 111
Merlín 115
... islas 117
Epílogo 119

PRÓLOGO

Todavía, frente a un barranco de tierras bermejas, en cuya planicie yerma agonizan las paralelas del tren, sobre durmientes adormilados por la bruma y perros ancianos asustados por la luna que sale detrás de la Virgen, habita un niño que pisa el sueño con el pie izquierdo y sacude, brioso, pero convencido, el zapato derecho porque está untado de inmundicias. Ese niño que estiró el cuerpo a caucherazos de corridos, tangos y boleros con estribillo, pero que ve crecer su espíritu, con asombro y desparpajo (des)gracias a la abundante y excelsa poesía que le compartieron unos malandros, de otros malandros, vivos, muertos y agonizantes, ese niño, digo, que camina como un pingüino condenado al desierto, que vuela como un murciélago exiliado en la estepa, y que vaga por los cafetines, las bibliotecas y los cuerpos de mujeres, reales y ficcionales, se denomina Miyer Fernando Pineda, y hoy nos acribilla con su primer libro de poemas, con un título sugestivo: *Cuerpos en Braille*.

Por esa niñez, que si suena peyorativa, mejor aún, es que este poeta que se lanza al país de los lotófagos (bibliófagos, poetófagos, antropófagos, paidófagos...), desnudo, como corresponde a su estirpe de primitivo cazador de signos y de fantasmas, escribe así: con un punzón agreste que no tiene cabeza borradora y en cuya punta hay un penetrante olor a láudano, a mandrágora, a fango, a orín, a sangre, a semen, a putrefacción epifánica de limo.

Perverso polimorfo, fue el título que Sigmund Freud le endilgó a los niños, para bajarlos de una vez por todas de esa quimera idealista de ver a los infantes como encarnaciones terrestres de Luzbel. Los niños, con esa insoportable costumbre de la sinceridad y el desparpajo, en su cotidianidad cataclísmica y en sus palabras desnudas, están más cercanos a los bárbaros que invadieron el Imperio Romano, que a la procesión de ángeles asexuados y pusilánimes que se apertrecharon en nuestra pobre condición humana para mantenernos en una cautiva edad media de la inteligencia y la sensibilidad. La poesía de este poeta híbrido: mitad *enfant terrible*, mitad pedagogo iconoclasta, no da tregua al lector, es tiernamente terrible, a veces desbocada y a veces, contenida, expresionista, surrealista, escasamente conversacional, plena de imágenes audaces, por momentos, despiadadas, como si se tratara de flechas disparadas desde la llaga de Filoctetes, el arquero infalible cuya fetidez lo volvía sabio y solitario, poderoso y solitario: sabio, desenamorado, poderoso, solitario. Analogías con el poeta expulsado de todas las Repúblicas por exceso de lucidez, por recordarles a sus congéneres, tan comunes, tan corrientes, tan sin vuelo, que lo grave en la vida no es pasar sin pena ni gloria, repitiendo sandeces, lo absolutamente grave es el énfasis, el espectáculo de insistir en esa suerte de farándula cotidiana hecha de lugares comunes y neurosis progresivas y transitivas.

Bien ha dicho el poeta Rilke que "vivir es imposible, la tarea del hombre es sobreponerse"; vivir, claro, no vegetar o pasar por el mundo soplando botellas o poniéndole zancadilla a los símbolos. Facilidad y felicidad de lo simple, no es el caso. Vivir a riesgo, a contracorriente, a la perdida, sin cuotas iniciales, ni upaquización de por muerte; vivir, como el abuelo del poeta, que "sabía de las cosas de Van Gogh" y ahuyentaba a los noctámbulos que confundían su casa con un burdel y se aferraba a los ojos del tierno perverso polimorfo como a su silla de ruedas y se perdía en los

bosques de su corazón. Pero, ¿cómo hacerlo para no perecer de realidad?

Quizás como Miyer Fernando Pineda, dándose a la palabra, que es erotismo, dándose al erotismo que es palabra sacra, con un jardín de fondo donde danza la muerte, suprema constatación de palabra y erotismo. Allí están las claves de su poética del desarraigo, de su estética de la putrefacción, antítesis de la vida y la muerte: *extrema se tangunt.*

Y tu cuerpo tibio
el ancla
que nos sostiene en este mundo
de mi cuerpo muerto

(*La decisión*)

Los cuerpos detenidos en umbrales
y en alcantarillas
como piedras, como ángeles
son navíos fantasmas que desembocan
en el agua inerte
estancadas entre ruinas y deshechos
los insectos los devoran, los asean
Las ratas copulan sobre ellos
alimentan a las larvas y a los pájaros
y todo el escenario es Dios que sueña

(Cuerpo. Fragmentos)

Miyer Fernando Pineda, no obstante su juventud, ha navegado en muchas aguas de la Vida y de la Poesía. De las primeras le viene su predilección por la noche, sus fantasmas, sus monstruos

alucinados, su zoología degradada y repugnante, sus enfermedades, su peste divina y humana, su erotización conceptual que, como en la manzana del Paraíso, es néctar de placer con gusano en la pulpa. De las segundas, lúcidas y letíferas aguas, quizás, Sabines, Fayad Jamís, Rimbaud, César Vallejo, José Manuel Arango, Jorge Teillier, la música y la pintura, que llegan hasta su puerta, en el *Cuartito Azul,* con la bruma envolvente de una *Ciudad Sumergida* atrapada en sus memorias. Fuentes diversas, voces de la otra orilla, donde no se transige con la estética y la retórica convencionales. La suya es una poesía que arrebata las nueces podridas del siglo pasado, porque desea que su jardín de palabras ásperas no se llene de ruidos vacíos, en este amanecer de nuevas incertidumbres.

Jorge Eliécer Ordóñez Muñoz

El Aqueronte no es un río
es un dolor
que sube por este lado del pecho
a desembocar en el corazón
que es el morir

G. Fragui

CRÓNICA

A los pocos días de nacido apareció el demonio
Se posó sobre el cabezal de la cama
siguiendo con su pico el movimiento de mis ojos

Una vez más
Mi madre lo espanta con un grito en medio del recuerdo
y agrega sonreída:
"ahora estarías ciego, hijo mío"
"sí, madre –digo
mirando fijamente el vacío horizonte.

Rómulo Bustos Aguirre

No soy Lázaro

No soy Lázaro
No soy el que camina con una raíz sobre su espalda
No soy el que duerme en las orillas de algún cuerpo
bajo la sombra canicular del desamparo
Soy el que navega el que cabalga
el que sostiene tu cuerpo para que la noche lo monte

de Caronte

Mi abuelo ocultaba una familia judía en el ático
mientras pintaba sus cuadros
Su pincel hablaba en latín cuando
dibujaba con los senos de mi abuela
una luna de carne

Mi abuelo colocaba su mano
en el vientre de mi abuela –aún sin conocerla-
mientras leía sus libros

El chelo era el instrumento favorito de mi abuelo
y mi abuela lo tocaba con sus hojos
mientras caían con la lluvia sobre el mármol
en el que está escrito mi nombre

Mientras mi hijo acaricia el cabello del ángel
mi abuela y mi abuelo danzan
–ellos aún no se conocen–
yo los observo desde el vientre de mi madre

In memoriam

Qué esfuerzo el del muerto en las tinieblas
Tener que acostumbrarse a ese dolor
Al de la poesía siempre muerta

Cómo decirle que sólo el corazón es lo que parte
lo que muere
Que nosotros desde aquí
aún vemos sus sueños volando sobre él
(como lo hacen siempre)
como aves de carroña

Poema para bajar una escalera

Caperuza 11 y 6

hay días en los que nada se oye
días en los que uno se sueña subiendo una escalera
días en que me gusta desordenar tu cabello
y que me escribas en la piel
cuando no hay donde escribir
días en que me da miedo hablar
y el silencio tiene que explicarte todo

hay días en que digo todo
y tú me miras triste con una sonrisa asintiendo
días en que el dolor te despereza
y se arruncha entre nosotros y me muerde

días en que todo lo demás no importa
sólo tu presencia y ponerse uno a extrañar
días en los que uno se culpa de no ser inocente
y nos recuerdan un nombre y nos tiembla la voz
"días que lo encienden a uno para dejarlo apagado"
días que le avisan a uno que tiene que morirse
hay días en los que uno se sueña bajando una escalera

La decisión

aún
escucho la sombra de tus senos
crucificados en mi pecho

y tu cuerpo tibio
el ancla
que nos sostiene en este mundo
de mi cuerpo muerto

La buhardilla

Una mujer demente matándome de hambre
ilumina la calle como un funeral
Desentierra este recuerdo de sus ojos
Hay ratas en el techo de su cuarto
cuando llueve
Ellas se marchan a la buhardilla de su alma
donde crece la tuberculosis en los dedos en el llanto
He aquí a la mujer demente desnudándose para el amanecer
fabrica las calles con sus ojos a través de la ventana
y escucha mi voz
en el agua de sus huesos
Ya son tantos días bebiéndose mi asco (su dolor)
y sin embargo

K

Milena con su cucaracha entre los senos
en la silla de un parque
Milena con su cucaracha debajo de la lengua
hablando acerca de viajar a Copenhague
Milena orinando la luna,
como la enfermedad de dios (dando a luz mis ojos)
Milena diciendo que las cucarachas
han fabricado la lluvia
Milena está muerta
y escribe las cartas más hermosas del mundo

Cuerpo (fragmentos)

En este reino no hay un sitio para vivir
y no hay un sitio para morir tranquilamente en este reino
El frío y sus tugurios como jóvenes inmóviles
con trajes del siglo pasado
viendo cómo avanzan las carrozas hacia barrios que no existen
o tropezando con algunas sillas de paja en las aceras
llenas de voces o cadáveres
y de otros alimentos para pájaros

Los cuerpos detenidos en umbrales y en alcantarillas,
como piedras, como ángeles
Son navíos fantasmas que desembocan con el agua inerte
estancada entre ruinas y deshechos
Los insectos los devoran, los asean
Las ratas copulan sobre ellos
Alimentan a las larvas y a los pájaros
Y todo el escenario es Dios que sueña

He aquí estas raíces, vello púbico
Páginas de un pésimo libro
Gemidos que un enfermo escucha a través de cañerías
Los rodea el moho de la música de Bach
Los alivia el alba con su lengua fétida
Una mujer con su pincel los desinfecta
Una mujer los da a luz en otro puerto
Llegan aquí y apagan nuestros ojos
Llegan aquí pronunciando estas palabras

Hay una mujer que tiene una gata que se llama suicidio

Hay una mujer que tiene una gata que se llama suicidio, es un ángel
Era prostituta en un pueblo del sur donde le abrían sus piernas
para que corriera el río que enfermaba a la montaña
Su bautismo estuvo a cargo del padrastro
en un pueblo cercano del que emigraría más tarde
como esos pájaros alegres que saben que pronto morirán
Ella vino a esta ciudad para encontrar su miedo
Dios la espera en la esquina de la calle siguiente
disfrazado
Dios piensa en ella luego del teatro porno a ritmo de un bolero
Dios está en un hospital con una camisa de fuerza, y soñándola

En donde duerme la lluvia

La amenaza de la luna llena rige los bordes
del camino
La lluvia de tu sexo como la brisa que deleita
las barcas en un puerto moribundo de Ceilán
Nuestras manos bebiéndose tu útero
elaboran un mapa siguiendo los sabios indicios
de tus gritos
Yo voy sepultado junto a las raíces de tu columna
vertebral
Mis manos cuelgan como tus pezones. Mi corazón
deforme, con una escafandra, se hunde en busca
de tu nacimiento
En un ataúd para violín traigo tus ojos
Los que habrán de consolar cada palabra

Boceto para la acontista

delinear los labios, las cadenas, el ancla
la muerte sobre el muelle
como otra noche cayéndose del alba
el cuerpo ensortijado como un mástil de herrumbre
con un trozo de abismo enredado a la mitad

tomarla por la espalda
–el escalpelo– delinearla

mientras ella llueve y se despierta
mientras se le termina la piel y ya no vuelve

Ritos

Para Dánae
(1907/08)

Cortar los senos y los labios las orejas
Devorar el hígado y el corazón
Hacer unos guantes con su piel otro disfraz
Con su cabello una peluca y su tristeza
Mezclar con trementina su sangre y su mirada,
ya exhaustas sobre mí
Dejar en la ventana sus dedos y sus muslos,
al dulce pánico de mi intemperie
Mientras preciso al fin el nombre para el cuadro
Mientras un vodka nos hace olvidar toda su lengua

Pero, ¿eso sería la consumación? ¿lo callado? ¿lo que muere?

Ah perdición de carne muda

Quizás los huesitos de sus labios mientras dura el réquiem
y un trago de vodka para antes de parirla

... que se continúe fumando mi cuerpo mientras tanto

Estigia

"Venías de tan lejos que ya olvidé tu nombre"
Aldecoa

Desde tu cuerpo la noche me detiene

Tus senos como la tumba de mi boca
hiriendo mis manos con su canto
preparando con su savia la matanza

Tu cuerpo hierve en los abismos
como la luna en las profundidades

Nadie ha de salvar su alma antes de ti
todo ha de ser para el abismo
tu cuerpo esa palabra oscura
esa raíz que entristece el silencio
armada con los abismos de tu cuerpo y con tus ojos

Los nueve círculos del infierno
están en tu cuerpo
En tu cuerpo terminan todas las vanidades del mundo

El oscuro objeto del deseo

a la mujer de orina argentina

1

como la luna cuando decide estarse un rato metida entre tus piernas y te hurgas y te impregnas de barro de luna y llueven cantos de pájaros de ti y se te arrodillan las hendijas y el muchacho que hala de tu ropa y te mira orinar tras de la iglesia y tus ojos lo miran y sonríen y tu boca es de luna como la ventana del loco que te mira como el agua del cuerpo que coagulas en mi boca cuando se aprenden tu esternón y tus clavículas en tu ombligo que podría salvarme de morir

2

como la luna clavándome en tus muslos injertándome en tu piel: la cerradura la cuchara para beberme tus pezones que saben a la luna el remedio la dosis precisa que me da tu lengua cuando la desprendes en burbujas diminutas y yo las apago con mi cuerpo y tus piernas parpadean y sonríen como una calle sedienta sin un charco donde chapotear y luego dices que tienes ganas de orinar y yo te digo que debajo de la luna y la luna se refleja como nunca y palpo con los ojos y te veo bañándome de luna saboreando el musgo de la luna doliéndome de luna y decides estarte un rato tiñéndome la vida esa angustia (mi lengua entre tus glúteos) de ácido de luna

El manto

"¿será que he muerto –me pregunto– y aún no han venido por mí?"
Santiago Mutis

El grito, niebla viva, enferma, esparciendo cuerpos y noticias, la mañana
como un recuerdo o una extraña voz en los cerrojos, y en ella el agua, la señal, el sacrificio: ella como un trasatlántico saliendo de su vientre, de la niebla viva, de la noche enferma, hacia un abismo que nos saque de su carne

el sacrificio del día (ver/la/llu/via), ver partir todo su cuerpo tembloroso
interminable como ese trasatlántico de carne dado a luz entre la niebla

Timoneada, sin pulmones, se fumará un cigarro y echará el humo en este hueco donde he tenido el corazón últimamente. Su ombligo un cenicero y su futura ausencia como un cofre

en el que está intacta mi alma, el pus, el picaporte de una puerta
Soy un náufrago, un resto cicatrizado de su himen, en el momento en el que ella dio a luz el cáncer de mi corazón.
Ella me lo dio a beber en sus delicados y verticales labios que no conocen la sequía

Eso curó, ahora ya no me da sed

Me inundó con ese manto que limpió los pliegues en la sed de dios
Con ese manto que fijó y curó el rostro de dios

Justicia poética

al poeta lo vencen los gusanos
al poema el olvido
al poema lo persigue la infecciosa tristeza
y a veces la monotonía de ventosa de algún sexo femenino
el poeta se pudre en la saliva de esa cloaca hambrienta
el poeta está condenado a la miseria, a la fealdad
el poema está condenado a un extraño aburrimiento
al poeta lo persiguen las deudas y las pulgas
al poema cerdos y/o mujeres

Sobre un cuadro de L. Caballero mientras una serenata de Schubert

Ángela se ahogó de niña en un cuadro de Bacon, pero sus dedos enfermos y su paladar enfermo, aún la sepultan en mis ojos. Su lengua en el río del alba los arrastra; su garganta muerta los nombra cuando ella agonizando duerme (escúchenla partir cuando su voz dice mi nombre y atraviesa las calles de esta ciudad que es el infierno).

Ángela debajo de mi piel cosiéndose a mi carne; aleja sus callados labios cuando le hablo de sus sueños que vienen a matarme. Como una piedra pudriéndose en su sombra que es su muerte, me doy cuenta de que aún hay carne de Ángela en mis manos.

Ella me tapona la nariz con algodones para que no huela su muerte, y se ahoga callada al vaivén de su matriz que sólo palpita para orar conmigo.

Se inclina de rodillas ante mi estatua destruida. Se mutila como un ángel de piedra que se hunde. Abandona su cabello enfermo sobre mi cuerpo que se incendia; su cuerpo como una casa sola en la que habita mi fantasma, espera únicamente a que termine de llover. El negro cabello de Ángela ondulando en el estanque de mi corazón donde se ahoga, mientras su cadáver roza el agua de mis ojos en la que se estanca la carroza.

Ángela sonríe porque sabe que alguno de mis muertos abrirá sus párpados; se desnuda a solas con mi muerte que acaricia las flores que sembré en su vientre. A lo lejos, la estación donde me espera (como el más solo violín de Stradivarius), aunque jamás se produzca mi llegada.

Boceto sobre la mano del ángel

esta mano
debería estar abriendo un túnel en un muro
o desempolvando y puliendo un ajedrez

debería estar desgarrando alguna vulva
que según el ángel es lo único que muerde

debería estar masticando una manzana
destejiendo un seno otro corsé
levantando alguna cruz

qué ventanas tan extrañas sus falanges
qué visillos tan extraños los habrán dado
no a luz sino a sombra
para que ahora su dolor la haga infinita
para que ahora expliquemos
su aberrante propensión al fango

leprosa
apenas viva por su réquiem
amputada
qué enfermo violín no la levanta
ni la lleva metida entre sus muslos

La carnicera

Esa mujer se merece un poema. Ese poema se merece este poema, su rodilla, su tobillo, las cuadriculadas medias que hacen juego con la rienda pañoleta y mis irrefutables ganas de morirme entre sus piernas, encima de su espalda, mientras ella me saca de la muerte, pariéndome.

Tiene una serpiente en las falanges, sale de la vena mayor que va a la quilla, su velo negro cubriéndole el cuerpo, los muslos de yegua latifundia.

Su cabello rojo sostenido por un extraño aparato de represión y de tortura – no sé el nombre del aparato exactamente- quizás se llamará esternón, pezón, clavícula. Su voz como su lengua, un chorro de sombra que hace música, que sensibiliza el roce superior hacía mis labios.

A qué sabrán sus labios, de qué mundo de seda extraída de los gusanos de su espalda. Su clítoris, su nuca. Sus párpados carnales, perpendiculares, inclinados hacia adentro como la flor sombría que no muere jamás, que nace en mi ataúd, es decir, en esta mujer.

A mi abuelo

Para Jorge Eliécer Ordóñez
... Merlín

A mi abuelo (que sabía de las cosas de Van Gogh)
le faltaba un dedo en una de sus manos
Eso sí no era el dedo que llaman corazón
A veces se sentaba a hablarnos de su servicio militar
y de cómo hizo para que ya no confundieran su casa con un burdel
(porque antes de que la comprara había un burdel) y los hombres
dejaran de perder el tiempo caminando hasta las afueras para toparse
con muros derrumbados por el Apocalipsis de su furia
Mi abuelo y yo comenzamos a construir un corral para gallinas
y un par de armarios para guardar cachivaches, libros y herramientas
Cuando se embriagaba le subía el volumen a su grabadora Silver

y llamaba vieja a mi abuela cuando no veía la bacinilla
porque le daba miedo atravesar la oscuridad
y caminar y caminar hasta el baño al otro lado del mundo
Mi abuelo poseía a mi abuela porque cuando ella se dormía
a veces levitaba hasta que advertíamos la presencia
de mi abuelo en los bosques de su corazón
Mi abuelo plantaba su tienda de campaña
en el recuerdo de mi abuela mientras se bebía un par de tragos
-Aún poseo la vieja muñeca de mi abuela que nos habla-
Mi abuelo leía la Biblia y fue durante varios años hijo de mi abuela
Sus hijos que volvieron de la guerra se lo llevaron un día
porque los médicos dijeron que había que amputarle alguna pierna
Ese día mi abuelo (que sabía de las cosas de Van Gogh)
se aferró a mis ojos como a su silla de ruedas
se lo llevaron en un taxi murió luego de la cirugía
Mi abuelo y yo jamás pulimos ni pintamos los armarios
en estos días buscándolo en sus viejos libros me ha dado por pensar
que a veces el mejor poema es el que no está terminado

Respuesta en Valois

como una mesa de billar
como un vagón del tren bajo la lluvia
como un dinosaurio
como un párpado o un trozo de dios
arrojado de un vagón del tren bajo la lluvia
como otra hija de otra puta
que me ve morir y me imagina
en un vagón del tren
inmóvil
diluyendo esa fragilidad y ese asco
bajo la lluvia
como sus ojos su lunar y sus rodillas
como usted poeta el vagón del tren
como mi cuerpo (esa lluvia) sobre esa mesa de billar

(como el durazno que te quedaste viendo
luego de salir del cine)

como una circuncisión

así debe ser mi corazón por dentro

Yo abro los ojos cuando ella abre los ojos

Yo abro los ojos cuando ella abre los ojos
Yo cierro los ojos cuando ella abre sus piernas y cierra los ojos y saca su lengua
y me los cierra pegándolos con su saliva para que no mueran
Respiro si respira. Lloro si ella llora
Bostezamos al mismo tiempo
Ella en el baúl lleno de libros Yo en mi dolor lleno de piedras

–Nos crecen en el alba nuestras uñas–
Odiamos a Schumann porque nos recuerda que vivimos cerca de su manicomio
Nos metemos en los cuadros de Chirico, de Van Gogh, del Bosco
Leemos aquellas hidalgas palabras Nos podrimos en el lado oscuro de la luna
La derramo en el lado oscuro de su pelo
–El cadáver es la roca que sostiene algún atardecer
al sur de Islandia–

Si cae la cuchilla de la guillotina es nuestra cabeza la que cae
Si nos amputan otro brazo es nuestro silencio el que desangra
El que espera a la corriente maligna que lo lleve a esas orillas lejanas que no duermen
Si nos amputan otro brazo es nuestra boca la que escribe
A la que debí haber rellenado cuando lo exigió cuando a pesar nuestro
nuestros cuerpos se fundían en un solo milagro
Cuando yo incendio su cuerpo, es ella el fuego con todos sus abismos y cuchillos
Ella nace de mí y yo nazco de ella, de sus gritos cuando hundo el ancla del pincel entre sus muslos Cuando hundo entre su carne nuestros ojos
Los que cierro cuando ella abre los ojos
que lo iluminan todo

1994

Debiera alguien prohibir la poesía; esa maligna embriaguez
que nos ridiculiza como una cremallera abierta, como una
media rota; como nacer en un país de cafres y matones; o
como una verruga en mitad de la frente haciendo las veces de
faro para la estupidez del mundo

Debiera alguien prohibirla; acabar con la madera y programar
los nacimientos, el color de los ojos, la limosna, la piedad

Para qué dar paso al espíritu y a su inmundicia; que comiencen
a quemar a los sacrílegos; a esos anticuados y presuntos que al
parecer pretenden infringir el código, y mear el nombre de
nuestro gran hermano

–que si alguien quiere vida que la pida a domicilio, que la
busque en su computadora–

Para qué dar paso al espíritu y a su inmundicia
Ejecuten al mendigo que busca algo más que el aburrimiento,
la estupidez, o la estridente avenida del olvido

Debiera alguien prohibir la poesía, esa sed que nos enferma, esa ansiedad que nos ridiculiza, como tener un nombre horrible, (como llamarse Nora o Jacqueline), como un zapato roto, como esa novia fea como un pariente pobre

... Entierro la música de Bach

1

Entierro la música de Bach porque Bach ha de aliviar la enfermedad. Será el cauce del río que la arrastra. La tierra oscura sobre el imperio de su vientre

Recorrerá el valle glaciar escarchado por el espanto y por la sombra. Abrirá sus piernas, coserá sus párpados, y llenará su cuerpo con flores y con hierbas, con piedras y con agua y otros huesos

Entierro la música de Bach porque Bach persevera como una roca cayendo en el vacío

Como un grito labrando su cauce, delimitará el cadáver, ese pantano que apenas roza la corteza y la nueva carne viva

2

El bosque hablando en una lengua muerta dice hay agua; pero es ella diciendo hay humedad olvidada entre mis huesos; pero son los ecos de su voz escurriendo entre mis vértebras

Adentro de su voz una cornisa, lava muerta, un violonchelo bocarriba arrastrado por el río

La música cierra sus rodillas causando la estrechez entre sus labios. Allí se forma la laguna que sumerge el vientre, y donde observo cómo se ahogan la columna vertebral y el violonchelo

Ahora hay plantas, pájaros, estratos aplastando huesos de ángeles petrificados antes de dios

(A lo lejos se divisa un hombre sepultando a su mujer. El cadáver es un poco de luz debajo de la tierra)

3

Entierro la música de Bach para que cultive uvas en sus labios,
en sus senos y en sus nalgas; para que descubra sus costillas
(donde alguna tribu extinguida construyó su cementerio),
donde ahora hay pastizales y manadas de dioses caminando,
desapareciendo la carroña

4

la entierro a ella porque en ella enterré la música de Bach
para que sane sus huesos, para que recomponga sus ojos
y su lengua para que continúe cepillando su cabello

Huele a ella la música de Bach (huele a jazmín)
le ha sacado los muertos que había en ella
los instrumentos, la madera

ahora hay un pozo donde bebe el agua

Réquiem *

Para Darío Rodríguez

Hay una hora del sueño en la que todos nuestros muertos nos recuerdan, nos ponen bajo el yugo del herrero, y nos hacen otro eslabón de su cadena. Andrajosos, ellos cabalgan con nosotros, van heridos, enfermos de la noche.

Pero hay una hora de la muerte en la que no se sueña. En ese momento se acercan a nosotros todos los habitantes de ese mundo; nos observan como esa parte de la brida que salpica a veces por fuera del camino.

Esa es la hora de la fúnebre música. El momento en el que todas las larvas dormidas en nosotros (ya la noche las despierta), salen a recorrer el mundo; son la plaga que azota como un jinete del Apocalipsis; son el río que sirve de tumba a Emil y Lady Marión, recorren su cuerpo, lo acribillan.

Esa es la hora del ángel, el que desaparece todo con sólo un parpadeo.

* Éste poema fue uno de los veinte ganadores en el concurso ***Descanse en Paz la Guerra*** organizado por La Casa de Poesía Silva en el año 2003.

El restaurador

para Julio César Goyes por lo de Teillier

Escribo en trastos viejos, en felpas muertas, en mujeres podridas
Escribo de escorbuto
Porque la luz que entra por la ventana se lastima
Intento vomitar este dolor que me destroza,
los restos cicatrizados de su himen y esta respiración que me fastidia
El ángel de mi guarda ha olvidado su pala aquí en mi sueño
y en ese hueco están poniendo huevos
las noches y la lluvia y las raíces de los árboles
Quito los pies de la página un momento
y observo las botellas, mis gusanos,
en alguna hay un feto con sonrisa lúgubre,
pertenece a antiguas colecciones, al semen cedido y derramado por la angustia
en las cloacas formadas por mi mano

La Caperuza (mi mujer...) compone el cuarto,
como descosiéndose la sombra del adagio de Albinoni
(... cuando un hombre logra bautizar a una mujer
es suya para siempre)
Coloca ollas para recoger las goteras de mi alma,
alinea los cartones y las telarañas a los restos de disparos en los muros,
luego alimenta con mis ojos a los pájaros hambrientos de su corazón
Yo enciendo sus ojos para calentar la sombra de mi hijo
quito los pies de la página un momento
y me pongo a escribir con trastos viejos
con felpas muertas y con mujeres podridas
mientras alguien se lleva el poco pan de nuestra mesa

El desenladrillador

poco amor o poca vida no es tan malo, lo que
cuenta es observar las paredes
yo nací para eso
Bukowski

Estar en el mundo sin compartirlo contigo hermana, es arduo. Sin tu cara de muerta en las mañanas y sin tu olor masticando en mis oídos

Extraño esa manía tuya de no callarte nunca, de cambiarme el nombre comparándome con las vergüenzas de tu familia. Extraño esa enfermedad de querer hacerte el dolor en cualquier parte; de querer asesinarte a cualquier hora, en los bancos, en los ascensores, en los restaurantes, en las funerarias

Cómo extraño tu olor a cigarrillo, tus interrupciones cuando estoy a punto de descubrir alguna verdad universal; tus malgenios, tus manías sexuales a la hora del dolor; tu ropa interior en el baño, en cualquier parte de mi alma

Extraño tus erróneas opiniones acerca de política, tus absurdas visiones conceptuales sobre el arte; que te creyeras Silvia Plath o Emily Dickinson sin que supieras de su cáncer

Tu cuerpo dormido como un boceto de Giacometti en el inmenso mar de la bañera; en la cocina fregando los platos, o arrojando mis papeles a la caneca de basura

Recuerdo tus metáforas deformes, y tu aburrida y picassiana forma de largarte, de amenazarme con bautizar el pavimento con tu cuerpo, con el mío metido entre tus piernas

Extraño tu insoportable colección de artesanías en este cuarto solo, nido de mariposas y de amigos como gallinazos en trance, desobedientes al insoportable compás de estas palabras

Extraño tus lágrimas hebreas y tu risa ponzoñosa y sin remedio
Ya sólo puedo contar cadáveres desde esta habitación; imaginar tu cuerpo enladrillado y creer que aún soy el desenladrillador; creer oír tus pasos en esta calle resonando en otra calle donde oigo tus pasos pasar en esta calle donde tan sólo mi cadáver es real

Ah la contorsionista cansada de esta guerra; ojalá llegaras contigo para matarnos contigo hasta volvernos el animal incomprensible, alimento, sangre en las paredes; pero heme aquí cuidando ovejas, robando rosas de la avenida de la muerte, deseando tu cráneo y tu esqueleto, y tu sombra anoréxica abriéndose paso para que se arrojara mi alma. Estar en el mundo sin compartirlo contigo hermana, es arduo

Mala versión de una derrota

Para Álvaro Neil Franco
Yo... que he sido humillado por profesores de literatura
que poco me ha faltado para salir a correr por la calle.
Rafael Cadenas

Yo que tengo los pies grandes y problemas económicos y dolor de estómago
Yo que necesito lentes porque ya no puedo leer la madrugada
Yo que deseo a la mujer del prójimo
Yo que he sido humillado por los estudiantes de lingüística y otras ciencias ocultas
Yo que soy callado y grosero y aberrantemente sordo
Yo que soy mentor de mis amigos cuando me emborracho
Yo que odio a los poetas, a los pésimos, a los que nos aburren en los recitales, a los que les hubiera ido mejor de traficantes, o de policías
Yo que soy manco y que detesto a las mujeres feas, a las que no saben hablar

Yo que atravieso las calles conversando con cualquier fantasma
Yo que soy adicto al sexo, a las piernas de Sofía
Yo que no soporto a los que estudian filosofía, a los fisicoculturistas, a los abogados, o a los agentes de tránsito
Yo que odio a los gatos porque me odian y son adictos a mi insomnio
Yo que soy el artista del hambre y que sólo asisto al Café Bonaparte
Yo que nunca entiendo nada y que llego de último
Yo que soy el hazmereír, el qué-dirán, el paredón de los imbéciles
Yo que no hablo portugués y que converso con tu vientre
Yo que no uso corbata y qué sólo sé hacer nudos corredizos
Yo que hablo con los perros y con algunos de mis muertos
Yo que le ayudé a empacar, y que no impedí -por pereza- que se fuera el camión con el trasteo
Yo que bebo solo y que muero solo y que soy feo como sólo los grandes poetas pueden serlo
Yo que no publicaré algún pésimo libro pero que me meto con tu cuerpo en un baúl
Yo que no sé escribir ni con buena o con mala ortografía; yo que perdí mi virginidad con Penélope la prostituta
Yo que tengo el punto g en mis rodillas, juntas, al alba, arrodilladas en tus ojos

Yo que siempre voy por los que pierden, por los que mueren, por los que no saben
Yo que no la encuentro pero que llevo años buscándola
Yo que la encontré en un verso de Bukowski y que luego la extravíe cuando devolví el libro extraviado a la bibliotecaria
Yo que escribo en servilletas, y que me siento decididamente humano, en los buses, cuando veo los comerciales de espagueti, cuando hago pipí, o cuando la escucho llegar
Yo que voy a misa muy de vez en cuando, casi nunca, sobre todo después de hacer casi la muerte
Yo que no me doy cuenta de que el mundo está podrido
Yo que soy extraterrestre y que sólo he leído el Principito y la tarde y la lluvia de tus ojos
Yo que amo a una mujer que no me pide nada, tan sólo que la ame y que le escriba y que le siembre cosas en su ombligo, flores amarillas, las raíces de la luna y las cuerdas de un violín
Yo que nunca le hablaría a María Iribarne
Yo que como un gran poeta le robé la idea a Rafael Cadenas
Yo que soy consciente de que lo que escribo es una farsa
Yo que abandono la vida en cualquier espalda, garganta o libro, en cualquier par de senos, sobre todo en los tuyos, Penélope, Lucía, Aldonza...
Yo que no tengo futuro, ni pasado y que malgasto mi muerte caminando y mirando la lluvia, recordándote

Yo que no conozco la historia de las once mil vírgenes y que me aburro con los guitarristas, con el ajedrez y con la gente
Yo que soy perjudicial para tu salud y para mi salud
Yo que soy demasiado cobarde como para pegarme un tiro
Yo que soy como un paralítico viendo el atardecer sobre tu cuerpo (yo que aún creo en ti, en tu llegada, antes de que despierte)
Yo que a pesar suyo aún no soy misógino
Yo que sé que ella vendrá (vendrás), con sus ejércitos lloviendo, con su boquita pequeña y malgastada que abandono en cualquier parte, como a cualquier pedazo de mi cáncer
Yo que llevo un kilómetro hablando de ti
Yo que no sé cómo diablos terminar este poema

Tierra de nadie

(poema de presencias en Praga)

Esta mujer es el caballo de la noche
No hay nada más bello que mirar la noche
a través de las ventanas de su cuerpo

Con ella visito los lugares del dolor
como quien visita un santuario
de pie sobre mi corazón es mi astillero

La noche que rebosa ya en su ombligo
lleva como mástil la punta de mi lengua
la muerte que apenas si la escucha y sobrevive
la pantera que nace ya del fondo
Ella es el único Dios ("si existe Dios")
en ella habitan las palabras que he olvidado
ella me dice las palabras que recuerdo

El aria del vampiro

Envío

el espejo todavía existe

y si por un momento dejase de reflejar el tiempo
el ahora que se ha ido pero que parece estático

afuera todavía llueve
el mortuorio tren avanza

lo confieso
me fascina verme en el espejo
sobre todo desde que dejé de reflejarme en él

levántate y anda
Catalina
la luna tiene moho

Óbolos

Para Carlos Fajardo y Madelaine en desagravio

1

Grito

esa mujer que amanece conmigo
y traspasa los muros de la biblioteca
desea convertir la luna en grito

ha dejado su cuerpo en varias partes de la casa
desea convencernos de su muerte

2

Tango

me muero en una mujer que es como un tango
su cabello extendiendo sus raíces en todo lo oscuro

tiene el bandoneón sepultado en sus costillas
y un violín al fondo de sus ojos
derramándola (por toda mi alma)
por todo su cuerpo

La mujer de los cerrojos prohibidos

Contra Alejandro Molano

Casi todas las sombras de mi casa terminaron odiándome
cuando le saqué el corazón a Micifú

No entendieron que yo únicamente quería confirmar
que los gatos tiene siete vidas
(lo que sucedió fue que a Micifú, ya le habían gastado seis)

Sé que Micifú también me odió
Al menos hasta que lo desenterré del jardín
y dejé en su féretro un retrato de Gabriela
(es que uno muerto y sin corazón está jodido)

Micifú desde esa noche no volvió a acompañar los maullidos
de Gabriela
en los lechos de mi sueño

El siglo siguiente volví para desenterrar sus huesos ya no
estaban

Ah, cómo un gran poeta
acaricio los muslos de Gabriela recargada en el balcón
como si estuvieran desnudos

y me pregunto por qué su cuerpo arrasa con el horizonte

Merlín

Para el pintor Juan Carlos Salvador, el árbol

Todo hombre tiene derecho
de sacar a pasear su paraguas
de ir con los zapatos
y con los ojos sueltos
si tuviera ganas

Todo hombre tiene derecho
de sacarse los ojos si le duelen
de tanto no tocarla
de tanto
nunca verla

... islas

ese es su cadáver acercándose a la costa
¿de qué sueño vendrá?

Epílogo

"Me dicen el siete mares porque ando de puerto en puerto / llevando conmigo mismo un amor ya casi muerto. / Yo ya quisiera quedarme juntito a mi gran cariño / pero esa no fue mi vida, navegar es mi destino".

José Alfredo Jiménez

Gente como Miyer Pineda termina por imponérsele a uno, y no por fuerza, o como un mal cuñado. Es una imposición sutil: el día menos pensado ya se es amigo de él, de su caperuza del alma, de Juan, su mejor poema. Así son las cosas con este tipo.

Interminables charlas para, por, según, sin, sobre, tras, la literatura en tiendas de buena muerte; mientras se deshace algún mandado; en bibliotecas con peladas que hacen tareas y novios aburridos dan fe de su poesía y de nuestra amistad a prueba de balas.

Se identifica a un poeta cuando las buenas palabras se le vuelven lo más importante de la vida. Y cuando la vida se le vuelve poesía. Eso le pasa a Miyer. Por eso lo queremos.

Entre los mil tropiezos dados en compañía, recuerdo uno que define este libro: en pleno recital de Mario Rivero una pregunta de don Miyer rompió la solemnidad del antioqueño. Ese gesto se reconoce en los poemas y es lo que más me gusta hallar en sus textos: pedradas contra la seriedad de la

poesía; la misma vida de Miyer es un atentado contra el afán de convertir a las letras en un templo, en algo venerable.

Hay mucho del Miyer Pineda, ex policía, docente y padre de su hijo en estas páginas: un navegante eterno de mares peligrosos.

Aunque sé que no me van a perdonar la brevedad y las definiciones, es un gusto para mí, festejar en letras de molde el advenimiento de "Cuerpos en Braille". Espero que sea un gusto también para los lectores. Si es que quedan.

Darío Rodríguez
Duitama–2004